

hombre á hombre, y que bastará con que sus razones sean probables como las de cualquiera otro, porque las exactas no están en su mano ni tampoco en la de ningún mortal. Lo cual imitó así uno de sus discípulos: *Ut potero, explicabo: nec tamen, ut Pythius Apollo, certa ut sint et fixa, quæ dixerit; sed, ut homunculus, probabilis conjectura sequens*¹; y en lo que sigue sobre el discurso del menosprecio de la muerte, Cicerón interpretó así las ideas de Platón: *Si forte, de deorum natura ortuque mundi disserentes, minus id, quod habemus in animo, consequimur, haud erit mirum: æquum est enim meminisse, et me, qui disseram, hominem esse, et vos, qui judicetis; ut, si probabilia dicentur, nihil ultra requiratis*². Aristóteles amontona ordinariamente gran número de opiniones y creencias contradictorias para compararlas con sus ideas, y hacernos ver que toca de cerca la verosimilitud, pues la verdad no se demuestra con el apoyo de la autoridad y testimonio ajenos; por eso Epicuro evitó religiosamente alegar en sus escritos los pareceres de los demás. Aristóteles es el principio de los dogmáticos y nos enseña que el mucho saber engendra el dudar; en sus obras se ve una obscuridad buscada y tan inextricable, que no es posible conocer á ciencia cierta lo que dice; sus doctrinas son el pirronismo bajo una forma resolutiva. Oíd la protesta de Cicerón, que nos explica lo que acontece en la mente de los demás, fundándose en sus propias ideas: *Qui requirunt, quid de quaque re ipsi sentiamus, curiosius id faciunt, quam necesse est... Hæc in philosophia ratio contra omnia disserendi, nullamque rem aperte indicandi, profecta a Socrate, repetita ab Arcesila, confirmata a Carneade, usque ad nostram viget ætatem... Hi sumus, qui omnibus veris falsa quædam adjuncta esse dicamus, tanta similitudine, ut in iis nulla insit certe judicandi et assentiendi nota*³. ¿Por qué no sólo Aristóteles, sino la mayor parte de los filósofos simuláron dificultades sin cuento y entretuvieron la curio-

1. Me explicaré como mejor pueda, mas no creáis que lo que yo diga es cierto ó inmutable como si lo pensara Apolo Pitheo; yo no soy más que un pobre mortal que se deja conducir por conjeturas probables. CICERÓN, *Tuscul.*, I, 9.

2. Si por acaso al disertar sobre la naturaleza de los dioses y el origen del mundo el resultado fuera inferior á nuestro deseo, no hay razón para que nos maravillásemos, pues justo es tener presente que yo, que ahora hablo, soy hombre, y vosotros que me juzgáis hombres también; de suerte que si yo expongo suposiciones probables, no debéis exigirme más. CICERÓN, trad. del *Timeo*, de Platón, c. 3.

3. Los que desean conocer nuestra opinión sobre todas y cada una de las cosas, llevan su curiosidad demasiado lejos... El sistema que en filosofía viene rigiendo hasta nuestra época es el fundado por Sócrates, renovado por Arcesila, confirmado por Carneades; discutirlo todo y no afirmar nada de una manera terminante, he aquí el principio fundamental de estos sistemas... Nosotros decimos que hay siempre algunos errores interpuestos entre las verdades, y que la semejanza entre unos y otras es tal que no hay criterio seguro para reconocer ni para afirmar dónde está la verdad con absoluta certeza. CICERÓN, *de Nat. deor.*, I, 5.

sidad de nuestro espíritu dándole materia para que royera ese hueso vacío y descarnado? Clitómaco afirmaba que jamás había podido comprender la opinión de Carneades después de haber leído y releído sus escritos. ¿Por qué rehuyó Epicuro la sencillez en los suyos y á Heráclito se le llamó el tenebroso? La dificultad es una moneda de que los sabios se sirven, como los jugadores del pasa-pasa, para que quede oculta la insignificancia de su arte. La estupidez humana con ella se cree pagada:

Clarus, ob obscuram linguam, magis inter inanes...
Omnia enim stolidi magis admirantur, amantque,
Inversis quæ sub verbis latitantia cernunt¹.

Cicerón reprende á algunos de sus amigos porque emplearon en la astrología, el derecho, la dialéctica y la geometría más tiempo del que esas artes merecían, lo cual les apartaba de los deberes de la vida, que son ocupación más provechosa y honrada. Los filósofos cirenaicos desdeñaban igualmente la física y la dialéctica; Zenón, en el preliminar de sus libros *de la República*, declara inútiles todas las artes liberales; Crisipo decía que todo lo que Platón y Aristóteles habían escrito sobre la lógica era cosa de divertimento y ejercicio, y no podía resignarse á creer que hubieran hablado formalmente de una materia tan fútil; Plutarco dice otro tanto de la metafísica; Epicuro hubiéralo dicho también de la retórica, de la gramática, de la poesía, de las matemáticas y de todas las ciencias; excepto la física. Sócrates consideraba todas las ciencias como inútiles, menos la que tiene por fin el estudio de las costumbres y el de la vida. Sea cual fuere la cuestión que se le propusiera, hacía siempre que el cuestionador le diera cuenta de la situación de su vida presente y pasada, la cual consideraba y juzgaba, estimando inferior, y subordinado á aquél todo aprendizaje diferente: *parum mihi placeant cæ litteræ quæ ad virtutem doctoribus nihil profuerunt*²; así que, la mayor parte de las artes fueron desdeñadas por el saber mismo; pero los sabios no creyeron desacertado ejercitar en ellas su espíritu, aun sabiendo de antemano que no podían esperar ningún resultado provechoso.

Por lo demás, unos consideran á Platón como dogmático, otros como escéptico, quiénes en ciertos puntos lo primero, quiénes en otros lo segundo; Sócrates, ordenador de sus diálogos, anima constantemente la disputa, pero jamás la resuelve, ni le satisface ninguna conclusión, y declara que su ciencia no es otra que la de argumentar. Homero consideraba que todas las sectas filosóficas tenían igual fun-

1. Heráclito adquirió fama entre la gente necia á causa de la obscuridad de su lenguaje, pues los ignorantes admiran más las ideas cuando las ven ocultas entre palabras incomprensibles. LUCRECIO, I, 640.

2. En poco estimo yo ese saber que no hace más virtuosos á los sabios. SALUSTIO, Discurso de Mario, *Bell. Jug.*, c. 83.

damento; con tal principio mostraba que debe sernos indiferente seguir cualquiera de ellas. Dicese que de Platón nacieron diez escuelas diferentes, no es de extrañar por tanto que ninguna otra doctrina sea tan inclinada á la duda y á no aseverar nada, como la suya.

Decía Sócrates que las parteras, al adoptar la profesión cuyo fin es sacar al mundo felizmente lo que engendran los demás, abandonaban el oficio de engendrar; y que él, merced al dictado de sabio que los dioses le habían concedido, dejaba de procrear hijos espirituales, conformándose con ayudar y favorecer con su concurso á los demás, revelándoles su naturaleza y engrasando sus conductos para facilitar el paso de su fruto, juzgarlo, bautizarlo, alimentarlo, fortificarlo, fajarlo y circuncindarlo, ejerciendo su entendimiento en provecho ajeno.

La mayor parte de los filósofos dogmáticos, como los antiguos advirtieron en los escritos de Anaxágoras, Parménides, Jenófanes y otros, escribieron de una manera dudosa y ambigua, inquiriendo más que instruyendo, aunque á veces entremezclaran su estilo con algunos toques doctrinales. Lo propio se nota en Séneca y Plutarco, quienes sientan principios antitéticos, lo cual se echa de ver leyéndolos con detenimiento. Los que ponen de acuerdo la doctrina de los jurisconsultos, debieran en primer término armonizar las ideas contradictorias de un mismo autor. Platón gustaba filosofar por diálogos para poner en boca de distintos personajes la diversidad y variación de sus propias fantasías. Examinar las ideas desde distintos puntos de vista, vale tanto ó más que considerarlas desde uno solo; la utilidad es mayor. Tomemos un ejemplo en nosotros mismos: las resoluciones son el fin del hablar dogmático y resolutivo; así nuestros parlamentos las presentan al pueblo como más ejemplares, propias á mantener en él la reverencia que debe á las asambleas, principalmente por la competencia de las personas que las forman; emanan no tanto de las conclusiones cotidianas, comunes á todo juez, como del examen y consideración de ratiocinios opuestos y diferentes, á que los principios se prestan. El más amplio campo para las discusiones de unos filósofos con otros, reside en las contradicciones y diversidad de miras en que cada uno de ellos se encuentra embarazado como en un callejón sin salida, unas veces de intento para mostrar la vacilación del espíritu humano en todas las cosas, otras obligado á ello por la volubilidad é incomprensibilidad de las mismas, lo cual pone de manifiesto la evidencia de aquella máxima que dice « que en un lugar resbaladizo y sin resistencia debemos suspender nuestro crédito »; pues como asegura Eurípides, « las obras de Dios nos proporcionan obstáculos por diverso modo »; principio semejante al que Empédocles sentaba en sus libros, como agitado de un furor

divino por el requerimiento de la verdad: « No, no, decía, nada experimentamos, nada vemos, todas las cosas nos están ocultas, ninguna existe que podamos reconocer. » En lo cual coincidía con estas palabras de la Sagrada Escritura: *Cogitationes mortalium timidae, et incertae adinventiones nostrae, et providentiae*¹. No hay que extrañar que los mismos filósofos que desesperaron de encontrar la verdad, la buscaran con tanto ahínco y placer; el estudio es una ocupación grata, tan grata que los estoicos incluyen entre los demás placeres el que proviene del ejercicio del espíritu, recomiendan la moderación y encuentran intemperancia en el saber excesivo.

Estando Demócrito comiendo le sirvieron unos higos² que sabían á miel, y al instante se echó á buscar en su espíritu la causa de tan inusitado gusto; para ponerse en camino de averiguarla, iba á levantarse de la mesa, con objeto de ver el sitio de donde los higos se habían sacado, cuando su criada, que se hizo cargo de la extrañeza del amo, le dijo, riendo, que no se rompiera la cabeza con investigaciones, pues el sabor á miel dependía de que guardó la fruta en una vasija que la había contenido. Disgustóse el filósofo con la mujer por haberle quitado la ocasión de inquirir, y robado el objeto de su curiosidad: « Me has dado un mal rato, la dijo, pero no por ello dejaré de buscar la causa como si fuera natural; » y no hubiera dejado, gustosísimo, de encontrar un fundamento verosímil, á lo que en realidad era falso y artificial. Esta anécdota, de un filósofo grande y famoso, nos demuestra claramente la pasión hacia el estudio que nos empuja á la persecución de las causas mismas de cuya solución desesperamos. Plutarco refiere un caso análogo de un hombre que se oponía á que se le sacara del error por no perder el placer de buscarlo; de otro se habla que no quería que su médico le curase la sed de la fiebre por no perder el gozo de calmarla bebiendo. *Satius est supervacua discere, quam nihil*³. Acontece que en algunos alimentos que tomamos existe solamente el placer, sin que sean nutritivos ó sanos; así lo que nuestro espíritu obtiene de la ciencia no deja de ser grato, aunque no sea ni alimenticio ni saludable; análogamente, lo que nuestro espíritu alcanza de la ciencia tampoco deja de procurarnos goces que no son saludables ni provechosos. La reflexión de las cosas de la naturaleza, dicen los filósofos, es alimento propio á nuestro espíritu, porque eleva nuestra alma y hace que desdeñemos las cosas bajas y terrenales por la comparación con

1. Los pensamientos del hombre son tímidos, é inciertas nuestras invenciones y nuestras previsiones. *Lib. de la Sabiduría, IX, 14.*

2. Plutarco, de quien la presente anécdota está sacada, dice que lo que supo á miel á Demócrito fué un pepino y no unos higos. Montaigne sigue la versión francesa de Amyot, ó la latina de Xylanter. (G.)

3. Mejor es aprender cosas superfluas que no aprender nada. *SENECA, Epist. 88.*

las superiores y celestes; la investigación misma de lo oculto y grande es gratisima hasta para quien no logra alcanzar sino el respeto y temor de juzgarlas. La imagen vana de esta curiosidad enfermiza vese más palmariamente en este otro ejemplo que se oye con frecuencia en sus labios. Eudoxio deseaba, y para lograrlo rogaba ardentemente á los dioses, que le permitieran una vez siquiera ver el sol de cerca, penetrarse de su forma, grandeza y hermosura, aunque el fuego del astro le abrasara. Quería á costa de su vida alcanzar una ciencia de cuya posesión no podía sacar ningún provecho, y por un pasajero conocimiento perder cuantos había adquirido y cuantos adquirir pudiera en lo sucesivo.

Dudo mucho que Epicuro, Platón y Pitágoras dieran como moneda contante y sonante sus doctrinas sobre los átomos, las ideas y los números; eran sobrado cuerdos para sentar como artículos de fe cosas tan inciertas y debatibles. Lo que en realidad puede asegurarse es que, dada la obscuridad de las cosas del mundo, cada uno de aquellos grandes hombres procuró encontrar tal cual imagen luminosa: sus almas dieron con invenciones que tuvieran al menos una verosimilitud aparente que, aunque no fuera la verdad, pudiera sostenerse contra los argumentos contrarios: *Unicuique ista pro ingenio finguntur, non ex scientiæ vi* ¹. Un hombre de la antigüedad, á quien se vituperaba por profesar la filosofía, en la cual, sin embargo, no hacía gran caso, respondió « que en eso consistía la esencia del filosofar ». Han querido los sabios pesar lo todo, examinarlo todo, y han hallado tal labor adecuada á la natural curiosidad que forma parte integrante de nuestra naturaleza. Algunos principios sentáronse como evidentes para beneficio y provecho de la paz pública, como las religiones, por eso las doctrinas, que constituyen el sostén de los pueblos, no las ahondaron tan á lo vivo, á fin de no engendrar rebeldía en la obediencia de las leyes ni en el acatamiento de las costumbres. Platón, sobre todo, presenta al descubierto esa tendencia; pues cuando escribe según sus ideas, nada sienta como evidente; pero cuando ejerce de legislador, adopta un estilo autoritario y doctrinal, en el cual ingiere sus invenciones más peregrinas, tan útiles para llevar la persuasión al vulgo como ridículas para la propia convicción individual, convencido de lo blandos que somos para recibir toda suerte de impresiones, sobre todo las más osadas y singulares. Por eso en sus leyes cuida mucho de que en público se canten exclusivamente poesias cuyos argumentos tiendan á algún fin útil; siendo tan fácil imprimir toda clase de fantasmas en

1. Los sistemas filosóficos no son sino invenciones del genio de cada filósofo. M. SÉNECA, *Suasor.*, 4.

el humano espíritu, es injusto el no apacientarlo con mentiras provechosas, en vez de suministrarle otras que sean inútiles ó dañosas. En su *República*, dice de una manera termante « que para provecho de los hombres hay con frecuencia necesidad de engañarlos ». Fácil es echar de ver que algunas sectas persiguieron con más ahinco la verdad, y que otras, en cambio, enderezaron sus miras á lo útil, por donde ganaron mayor crédito. La miseria de nuestra condición hace que aquello que como más verídico se presenta á nuestro espíritu, deje de aparecernos como más provechoso para la vida. Hasta las sectas más avanzadas, la de Epicuro, la pirroniana y la llamada nueva académica, vense obligadas, en última instancia, á plegarse á las necesidades de la vida y de las leyes civiles.

Exceptuando las religiones y las leyes, los filósofos tamizaron todas las ideas, ya en un sentido, ya en otro; cada cual se esforzó por interpretarlas á tuertas ó á derechas; pues no habiendo encontrado nada, por oculto que estuviera, de que no hayan querido hablar, necesario les fué forjar locas conjeturas; y no es que las consideraran como fundamentales ni irrevocables para la demostración de la verdad, sirviéronse de ellas como de simple ejercicio para sus estudios. *Non tam id sensisse quod dicebant, quam exercere ingenia materice difficultate videntur voluisse* ¹. Y si así no fuera, ¿ cómo explicarnos la inconstancia, variedad y vanidad de opiniones formuladas por tantos talentos admirables y singulares? Y, en efecto, ¿ qué cosa hay más vana que pretender que adivinemos la divina Providencia por medio de las analogías y conjeturas que hemos ideado? ¿ someterle y someter al mundo á nuestra capacidad y á nuestras leyes? ¿ servirnos á expensas de la Divinidad de la escasa inteligencia que el Señor se dignó concedernos, y no siéndonos dable más que elevar la mirada á su trono glorioso, haberle rebajado trasladándole á la tierra en medio de nuestra corrupción y de nuestras miserias?

Entre todas las ideas de la antigüedad relativas á la religión, me parece la más verosímil y aceptable la que reconoce á Dios como un poder incomprensible, origen y conservador de todas las cosas; todo bondad, todo perfección, aceptando de buen grado la reverencia y honor que los humanos le tributaban, sean cuales fueren las formas del culto:

Jupiter omnipotens, rerum, regumque, deumque
Progenitor, genitrixque ².

1. Se diría que al escribir no les movía tanto el sentimiento de la verdad como el deseo de ejercitar sus facultades con un tema difícil.

2. Jupiter todopoderoso, padre y madre del mundo, de los dioses y de los reyes. VALERIO SORANO, *ap. SAN AGUSTÍN, de Civit. Dei*, VII, 9 y 11.

Este celo universal por la adoración de la Divinidad fué visto en el cielo con buenos ojos. Todos los pueblos alcanzaron fruto de las prácticas devotas. Los hombres perversos y las acciones impías alcanzaron siempre el castigo que merecieron. Las historias paganas encuentran dignos y justos los oráculos y prodigios empleados en provecho del pueblo y dedicados á sus divinidades fabulosas. El Hacedor, por su misericordia infinita, se dignó, á veces, fomentar con sus beneficios temporales los tiernos principios que, con la ayuda de la razón, nos formamos de él al través de las imágenes falsas de nuestras soñaciones. Y no sólo falsas, sino también impías é injuriosas son las que el hombre se forjó de Dios. De todos los cultos que san Pablo encontró en Atenas, el que le pareció más excusable fué el consagrado á una divinidad oculta y desconocida.

Pitágoras se acercó más á la verdad al juzgar que el conocimiento de esta Causa primera y Ser de los seres, debía ser indefinido, sin prescripción, imposible de formular; que no era otra cosa que el supremo esfuerzo de nuestro espíritu hacia el perfeccionamiento, cada cual amplificándolo conforme á la fuerza de sus facultades. Numa quiso acomodar á esta creencia la devoción de su pueblo, hacer que profesara una religión puramente mental, sin objeto determinado ni aditamento material; idea vana é impracticable, pues el humano espíritu es incapaz de mantenerse vagando en esa infinidad de pensamientos informes; precísale concretarlos en cierta imagen á su semejanza. La majestad divina consintió en dejarse circunscribir en algún modo dentro de los límites naturales: sus sacramentos sobrenaturales y celestiales muestran signos de nuestra terrenal condición; su adoración se exterioriza por medio de oficios y palabras sensibles, pues el hombre es quien cree y ora. Dejando aparte otros argumentos pertinentes á este punto, digo que no me resigno á creer que la vista de nuestros crucifijos y las pinturas del suplicio de nuestro Redentor, los ornamentos y ceremonias de nuestros templos, los cánticos entonados al unison de nuestra mente y la impresión de los sentidos no llenen el alma de los pueblos de una eficazísima unción religiosa.

Entre las divinidades á que se dió forma corporal, conforme la necesidad lo requirió á causa de la universal ceguera, creo que yo me hubiera afiliado de mejor grado á los adoradores del sol ¹, así por su grandeza y hermosura

1. El universal resplandor, la antorcha del mundo. Si del Hacedor Supremo el semblante majestuoso tiene ojos, sus ojos son los rayos del sol radiantes que comunican la vida á todo lo existente, que nos guardan y sustentan, y contemplan todos nuestros actos. Ese sol hermoso é inmenso que engendra nuestras estaciones según entra ó sale de sus doce viviendas; que llena el universo con sus virtudes; que con un rayo de sus ojos disipa las nubes; espíritu y alma del mundo, que brilla y resplandece, que en el espacio de un día recorre el círculo del firmamento, lleno de inmensa grandeza, redondo, vagabundo y firme; el que

como por ser la parte de esta máquina del universo que está más apartada de nosotros, y, por lo mismo, tan poco conocida, que los que la tributaron culto son excusables de haberla admirado y reverenciado.

Thales, el primer filósofo que trató de investigar la naturaleza divina, consideraba á Dios como un espíritu que con el agua hizo todas las cosas. Anaximánder opinaba que los dioses morían y nacían en diversas épocas, y que eran otros tantos mundos, infinitos en número. Anaximenes decía que el aire era dios, causa generadora de todas las cosas creadas y en perpetuo movimiento. Anaxágoras fué el primero que creyó que todas las cosas eran conducidas por la fuerza y dirección de un espíritu infinito. Almeón consideraba como divinos el sol, la luna, todos los cuerpos celestes y además el alma. Pitágoras hizo de Dios un espíritu esparcido entre la naturaleza de todas las cosas, del cual nuestras almas se emanaron. Parménides, un círculo que rodea el cielo y alimenta el mundo con el ardor de su resplandor. Empédocles decía que los dioses eran los cuatro elementos de que todas las demás cosas surgieron. Protágoras se abstuvo de emitir opinión alguna. Demócrito, ya que las imágenes y sus movimientos circulares, ya que la misma naturaleza de donde esas imágenes surgen, y también nuestra ciencia é inteligencia. Platón emite opiniones de diversa índole; en el diálogo titulado *Timeo* dice que el padre del mundo no puede nombrarse; en las *Leyes*, que es necesario abstenerse de investigar su ser, y en otros pasajes de esos mismos tratados hace otros tantos dioses del mundo, el cielo, los astros, la tierra y nuestras almas, y admite además los que como dioses fueron reconocidos por las antiguas leyes en cada república. Jenofonte emite sobre la divinidad ideas tan encontradas como Sócrates, su maestro; tan pronto dice que no hay que informarse de cuál sea la forma de Dios; tan pronto que el sol es dios, ó que el alma es dios, como que no hay más que uno ó que hay varios. Speusipo, sobrino de Platón, hace de Dios cierta fuerza vital que gobierna todas las cosas, y la considera como fuerza animal; Aristóteles ya afirma que Dios es el espíritu, ya que el mundo; otras veces dice que la tierra tuvo un origen distinto de la divinidad, y otras que Dios es la lumbre solar. Jenócrates cree en la existencia de ocho dioses; cinco, que son otros tantos planetas; el sexto, compuesto de todas las estrellas fijas; el séptimo y el octavo, el sol y la luna. Heráclides Póntico oscila entre las anteriores opiniones, y por fin se inclina á creer que Dios carece de sensaciones, haciendo de él la tierra y el cielo. Teofrasto divaga de un modo semejante entre todas

tiene bajo su esfera la tierra toda por término; que está en reposo y en movimiento, ocioso y sin fija residencia; primogénito de la naturaleza, padre del día.

las ideas anteriores, atribuyendo el orden del mundo unas veces al entendimiento, otras al firmamento y otras á las estrellas. Estrato afirma que la divinidad es la propia naturaleza dotada de la facultad de engendrar, aumentar ó disminuir, fatalmente. Zenón la ley natural, ordenando el bien y prohibiendo el mal; considera aquélla como un ser animado y no admite como dioses á Júpiter, Juno y Vesta. Diógenes Apoloniates se inclina á creer que es el aire; Jenófanes afirma que la divinidad es de forma redonda, que ve, oye y no respira, y no tiene ninguna de las cualidades de la naturaleza humana. Aristón cree que la forma de Dios es incomprendible; la considera desprovista de sentidos, é ignora si es animada ó inanimada. Cleanto ya cree que es la razón, ya el universo, ya el alma de la naturaleza, ya el calor que envuelve y lo rodea todo. Perseo, oyente de Zenón, sostuvo que se distinguió con el nombre de dioses á todos los seres que procuraron alguna utilidad á la vida humana, y á las cosas mismas provechosas. Crisipo hizo una amalgama confusa de todas las ideas precedentes, é incluyó entre mil formas de la divinidad los hombres que se immortalizaron. Diágoras y Teodoro negaban en redondo que hubiera dioses. Epicuro hace á los dioses luminosos, transparentes y aéreos; asegura que están colocados entre dos fuertes, entre dos mundos, á cubierto de todo accidente; revisten la fortuna humana, y disponen de nuestros miembros, de los cuales no hacen uso alguno:

Ego deum genus esse semper dixi, et dicam cœlitum;
Sed eos non curare opinor, quid agat humanum genus ¹.

¡Confíad ahora en vuestra filosofía; alabaos de haber encontrado la verdad en medio de semejante baráúnda de cerebros filosóficos! La confusión de las humanas ideas ha hecho que las multiplicadas costumbres y creencias que se oponen á las mías me instruyan más que me contrarian; no me enorgullecen tanto, cuanto me humillan al confrontarlas, y han sido causa, además, de que todo aquello que expresamente no viene de la mano de Dios, lo considere como sin fundamento ni prerrogativa. Las costumbres de los hombres no son menos contrarias en este punto que las escuelas filosóficas, de donde podemos inferir que la misma fortuna no es tan diversa ni variable como nuestra razón, ni tan ciega é inconsiderada. Las cosas más ignoradas son las más propias á la deificación; por eso el convertir á los hombres en dioses; como hizo la antigüedad, sobrepasa la extrema debilidad de la razón. Mejor hubiera yo seguido á los que adoraron la serpiente, el perro ó el buey, porque la naturaleza y el ser de esos animales nos son me-

1. Dije siempre y diré que los dioses son de naturaleza supraterránea, pero creo también que estos dioses no se preocupan de la suerte del linaje humano, ENIO, *apud Cic., de Divinat.*, II, 50.

nos conocidos; así que, tenemos fundamento mayor para suponer de ellos todo cuanto nos place, al par que para atribuirles facultades extraordinarias y singulares. Pero haber trocado en dioses los seres de nuestra condición, de la cual debemos conocer toda la pobreza, haberlos atribuido el deseo, la cólera, la venganza, los matrimonios, las generaciones y parentelas, el amor y los celos, nuestros miembros y nuestros huesos, las enfermedades y placeres, nuestra muerte y nuestra sepultura, constituye el límite del extravío del entendimiento humano:

Quæ procul usque adeo divino ab numine distant,
Inque deum numero quæ sint indigna videri ¹;

Formæ, ætates, vestitus, ornatus noti sunt; genera, conjugia, cognationes, omniaque traducta ad similitudinem imbecillitatis humane: nam et perturbatis animis inducuntur; accipimus enim deorum cupiditates, ægritudines, iracundias ²; haber atribuido á la divinidad, no ya la fe, la virtud, el honor, la concordia, la libertad, las victorias, la piedad, sino también los placeres, el fraude, la muerte, la envidia, la vejez, la miseria, el miedo, las enfermedades, la desgracia y otras miserias de nuestra vida débil y caduca;

Quid juvat hoc, templis nostros inducere mores?
O curvæ in terris animæ et cœlestium inanes ³!

Los egipcios, con una prudencia cínica, prohibían, bajo la pena de la horca, que nadie dijera que Serapis é Isis, sus divinidades, hubieran sido un tiempo hombres, y sin embargo, nadie entre ellos ignoraba que en realidad lo habían sido; sus efigies, representadas con un dedo puesto en los labios, significaban á los sacerdotes, según Varrón, aquella orden misteriosa de callar su origen mortal por razón necesaria, suponiendo que el declararla apartaría á las gentes del culto que á Serapis é Isis se tributaba. Puesto que era tan vivo en el hombre el deseo de igualarse á Dios, hubiera procedido con mayor acierto, dice Cicerón, apropiándose las cualidades divinas y haciéndolas descender á la tierra, que enviando al cielo su corrupción y su miseria; mas considerando bien las cosas, los humanos hicieron lo uno y lo otro, impelidos de semejante vanidad.

Cuando los filósofos especifican la jerarquía de sus dio-

1. Las cosas que por su naturaleza están apartadas de la mente divina, y que á las claras se ve que son indignas de la divinidad. Lucrecio, V, 123.

2. Conocidos son estos dioses con sus figuras, edad, trajes, adornos; ascendencia, matrimonios, parentesco; todo ideado á imagen de la mísera especie humana, atribuyéndoles las mismas pasiones, deseos, enfermedades y odios. CICERÓN, *de Nat. deor.*, II, 28.

3. ¿Para qué santificar en los templos nuestros vicios? ¡Oh almas esclavizadas por la materia, incapaces de levantar los ojos al cielo! PERSEO, *Sat.*, II, 61 y 62.

ses y se apresuran á señalar sus parentescos, funciones y poderío, no puedo resignarme á creer que hablen con fundamento. Cuando Platón nos descifra el jardín de Plutón y los goces ó tormentos materiales que nos aguardan después de la ruina y aniquilamiento de nuestro cuerpo, acomodándonos á las sensaciones que en la vida experimentamos :

Secreti celant calles, et myrtea circum
Silva tegit; curæ non ipsa in morte relinquunt ¹;

y cuando Mahoma promete á sus fieles un paraíso tapizado, adornado de oro y pedrería, poblado de doncellas de belleza peregrina, lleno de manjares y vinos exquisitos, bien se me alcanza que todo ello es cosa de burla de que ambos echaron mano para llevarnos á sus opiniones y hacernos participar de sus esperanzas, bien acomodadas con nuestros terrenales deseos. Así algunos de los nuestros cayeron en parecido error, prometiéndose después de la resurrección una vida mundanal acompañada de toda suerte de placeres y dichas terrenales. ¿Cómo creer que Platón, que engendró concepciones tan celestes y que se aproximó tan de cerca á la divinidad, que se le llama divino, haya estimado que el hombre, esta misérrima criatura, tuviera ninguna analogía con el incomprensible poder divino? ¿Cómo es verosímil que creyera que nuestros lánguidos órganos, ni la fuerza de nuestros sentidos, fueran capaces de participar de la beatitud ó de las penas eternas? Menester es reponerle valiéndonos de la humana razón por el tenor siguiente: si los placeres que nos prometes en la otra vida son como los que en la tierra experimenté, nada tienen de común con lo infinito; aun cuando mis cinco sentidos se vieran colmados de gozo y mi alma poseída de todo el contento que puede desear y esperar, bien sabemos todo el que puede soportar; todo reunido nada significa. Si subsiste algo humano, no hay nada divino; si aquello no difiere de cuanto puede pertenecer á nuestra situación terrenal, no cuenta para nada; mortal es todo contentamiento de los mortales. Si el reconocimiento de nuestros padres, de nuestros hijos, de nuestros amigos, podemos disfrutarlo en el otro mundo; si allí perseguimos todavía tal ó cual placer, estamos dentro de las comodidades terrenales y finitas. No podemos dignamente concebir la grandeza de las encumbradas y divinas promesas si en algún modo nos es dable concebirlas; para imaginarlas dignamente es necesario considerarlas como inimaginables, indecibles, incomprensibles y absolutamente distintas de las habituales á nuestra experiencia miserable. El corazón y la vista del

1. Se ocultan en apartados parajes á cuyo alrededor crecen bosques de mirtos; la muerte misma no pudo librarles de cuidados. VIRGILIO, *Éneida*, VI, 413.

hombre, dice san Pablo, son incapaces de considerar la dicha que Dios tiene preparada á quien le sigue. Y si para hacernos capaces de ello se transforma y cambia nuestro ser por medio de las purificaciones, como Platón afirma, la metamorfosis tiene que ser tan completa que, según la doctrina física, ya no seremos nosotros:

Hector erat tunc quum bello certabat; at ille
Tractus ab Emonio, non erat Hector, equo ¹;

será otro ser diferente el que reciba las recompensas:

Quod mutatur... dissolvitur; interit ergo:
Trajiciuntur enim partes, atque ordine migrant ².

¿Creeremos, por ejemplo, que según la metempsicosis de Pitágoras, en la vivienda que imagina para las almas, el león en que se traslade el alma de César tenga las mismas pasiones ni que sea el mismo Julio César? Si tal cosa fuera cierta, tendrían razón los que sostienen esa idea contra las doctrinas de Platón, reponiéndole que el hijo podría cabalgar sobre su madre convertida en mula, y objetando con otros absurdos semejantes. ¿Pensamos acaso que en las mutaciones que tienen lugar de unos animales en otros de la misma especie, los recién venidos no son distintos de los que les precedieron? De las cenizas del fénix dicen que se engendra un gusano y luego otro fénix; ¿quién puede imaginar que el segundo no sea distinto del primero? Á los gusanos de seda se les ve como muertos y secos; el mismo cuerpo produce una mariposa, de la cual surge otro gusano que sería ridículo suponer que fuera todavía el primero. Lo que una vez dejó de existir no existe ya jamás:

Nec, si materiam nostram collegerit ætas
Post obitum, rursusque redegerit, ut sita nunc est,
Atque iterum nobis fuerint data lumina vitæ,
Pertineat quidquam tamen ad nos id quoque factum,
Interrupta semel quum sit repentia nostra ³.

Y cuando Platón dice que sólo la parte espiritual del hombre será la que goce de las recompensas de la otra vida, hace una afirmación desprovista de fundamento:

Scilicet, avulsus radicibus, ut nequit ullam
Displicere ipse oculus rem, seorsum corpore toto ⁴;

1. Héctor era el que luchaba en combate singular, pero el que fué arrastrado por el caballo de Emonio (ó de Aquiles) no era Héctor. OVIDIO, III, 756.

2. Lo que cambia se disuelve, y la disolución es la destrucción; pues las partes se disgregan y desaparece su organización. LUCRECIO, III, 756.

3. Si después de nuestra muerte toda la materia que ahora constituye nuestro cuerpo se reuniera y volviera á recobrar con el tiempo la misma organización que antes tuvo, y de nuevo se iluminara con la luz de la vida, esta segunda organización no sería nada para nosotros, una vez que nuestra existencia fué interrumpida. LUCRECIO, III, 859.

4. De igual suerte que un ojo arrancado de raíz y separado del cuerpo no puede ver ningún objeto. LUCRECIO, III, 562.

pues en ese caso no será ya el hombre, ni por consiguiente nosotros, los que participemos de aquel goce, estando como estamos formados de dos partes principales y esenciales, cuya separación es la muerte y ruina de nuestro ser.

Inter enim jecta est vitæ pausa, vageque
Deerrarunt passim motus ad sensibus omnes ¹ :

no decimos que el hombre sufre cuando los gusanos roen sus miembros que desempeñaron las funciones vitales, ni cuando la tierra los consume:

Et nihil hoc ad nos, qui coitæ conjugioque
Corporis atque animæ consistimus uniter apti ² .

Con mayor razón, ¿en qué principio de su justicia pueden fundarse los dioses para recompensar las acciones buenas y virtuosas del hombre después de su muerte, puesto que las divinidades mismas les encaminaron á ejecutarlas? ¿Por qué los dioses se ofenden y vengan en el hombre las acciones viciosas, puesto que ellos engendraron en las criaturas la condición que las movió á incurrir en falta, de la cual podrían apartarlas con la más ligera moción de su voluntad? Epicuro podría reponer lo antecedente á Platón con fundamento sobrado, si sus labios no profirieran frecuentemente esta sentencia, « que la naturaleza mortal no puede establecer nada sólido ni cierto sobre la inmortal ». El humano entendimiento es víctima de constantes extravíos en todo, pero más especialmente cuando trata de formarse idea de las cosas que atañen á la divinidad. ¿Quién mejor que nosotros puede estar convencido de ello? Aunque le hayamos auxiliado con principios seguros é infalibles, aunque hayamos iluminado sus pasos con la santa luz de la verdad que plugo á Dios comunicarnos, vémonos á diario, por poco que nuestra mente se aparte del ordinario sendero, por poco que se desvie de la ruta trazada y seguida por la iglesia, que al instante se pierde, embaraza y cae en mil obstáculos, flotando y dando vueltas en el vasto mar revuelto y sin freno de las opiniones humanas, sin sujeción ni objetivo. En el momento que pierde nuestra razón aquel seguro y tradicional camino, se divide y disipa en mil rutas diferentes.

No puede el hombre salirse de su esfera ni imaginar nada que de sus alcances se aparte. Mayor presunción supone, dice Plutarco, el que los hombres hablen y discurren de los dioses y de los semidioses, que el que una persona desconocedora de la música pretenda juzgar á un cantor, ó

1. Pues al interrumpirse la vida, el movimiento abandona todos los sentidos y se extingue por completo. LUCRECIO, III, 872.

2. Esto en nada nos afecta ya, porque nuestro ser existe sólo en tanto que se mantiene uno por el íntimo enlace del alma con el cuerpo. LUCRECIO, II, 837.

que un hombre que jamás pisó un campo de batalla quiera cuestionar sobre las cosas de la guerra, presumiendo conocer por ligeras conjeturas un arte que le es ajeno. Á mi entender, la antigüedad creyó glorificar á la divinidad colocándola al mismo nivel que el hombre, revistiéndola con facultades humanas, adornándola con nuestros caprichos y proveyéndola de todas las necesidades que atestiguan nuestra flaqueza. Así la ofrecieron manjares para que los comiese, bailes y danzas para regocijarla, vestidos para que se cubriese y casas para que viviera; la regalaron con el incienso y la música, con flores y ramos, y para mejor acomodarla á nuestras viles pasiones, adularon su justicia inmolando víctimas humanas, regocijándola con la disipación y ruina de los seres por los dioses creados y conservados. Tiberio Sempronio hizo quemar en holocausto de Vulcano las armas y ricos despojos que ganara contra sus enemigos en Cerdeña; Paulo Emilio, los que adquirió en Macedonia en loor de Marte y Minerva; tan luego como Alejandro hubo llegado al Océano Índico, arrojó al mar para ganar el favor de Thetis muchos vasos de oro, convirtiendo además sus altares en espantosa carnicería, no sólo de inocentes animales, sino también de seres humanos. Muchas naciones, la nuestra entre otras, sacrificaron á los hombres, y creo que no exista ninguna que haya estado exenta de tal costumbre:

Sulmone creatos
Quator hic juvenes, totidem, quos educat Ufens,
Viventes rapit, inferias quos immolet umbris ¹ .

Los getas se consideran como inmortales y su muerte tiénenla por el encaminamiento hacia su dios Zamolsis. Cada cinco años le envían un emisario para proveerle de las cosas que ha menester; el delegado se elige á la suerte, y la manera de despacharlo es como sigue: primeramente le informan verbalmente de su misión, y después tres de los que le asisten sostienen derechos otros tantos dardos, sobre los cuales lanzan al emisario. Si éste resulta herido y muere de repente, es signo indudable de favor divino; si escapa á la muerte, le consideran como perverso y execrable, y proceden á una nueva prueba de igual modo. Amestris, madre de Jerjes ², siendo ya de edad avanzada, hizo enterrar vivos á catorce jóvenes de las principales casas de Persia para rendir gracias á algún dios subterráneo, conforme á la religión de su país. Hoy todavía se alimentan con sangre de criaturas de corta edad los ídolos de Thémixtitan, y no gustan de otro sacrificio que no sea el de

1. Arrebató Eneas cuatro guerreros hijos de Sulmona, y otros cuatro criados en las orillas del Ufens para inmolálos vivos en honor de Palas. VIRGILIO, *Eneida*, X, 517.

2. Mujer, y no madre de Jerjes.

esas almas infantiles y puras. ¡Justicia hambrienta de sangre inocente!

Tantum religio potuit suadere malorum ¹

Los cartagineses inmolaban á Saturno sus propios hijos, — el que no los tenía los compraba, — y el padre y la madre tenían obligación de asistir á la muerte de las tiernas víctimas, adoptando un continente de alegría y satisfacción.

Capricho singular el de querer pagar á la bondad divina con nuestra aflicción, como los lacedemonios, que tributaban culto á Diana con los alaridos de los muchachos á quienes azotaban en holocausto de la diosa, á veces hasta darles muerte. Proceder salvaje el de querer gratificar al arquitecto con el derrumbamiento de su edificio, y el de pretender librar de la pena que merecen los culpables con el castigo de los inocentes; la desgraciada Ifigenia con su muerte en el puerto de Áulide, descargó ante Dios al ejército griego de los delitos que éste había cometido:

Et casta inceste, nubendi tempore in ipso,
Hostia concideret mactatu mœsta parentis ² :

las hermosas y generosas almas de los dos Decios, el padre y el hijo, lanzáronse al través de las tropas enemigas para procurar el favor de los dioses á los negocios públicos de Roma. *Quæ fuit tanta deorum iniquitas, ut placari populo romano non possent, nisi tales viri occidissent* ³? Añádase á lo dicho, que no es al delincuente á quien incumbe el hacerle castigar á su albedrío y cuando le viene en ganas; el juez es quien debe ordenar la pena y no puede considerar como castigo lo que mejor acomoda al que lo sufre; la venganza divina presupone nuestro absoluto disentiimiento, así por su justicia como por el quebranto que merecemos. Ridículo fué el capricho de Policrates, tirano de Samos, quien para interrumpir el curso de su continua dicha, al par que para compensarla, lanzó al mar la joya más preciada que poseía, juzgando que con este mal voluntario podía hacer frente á las vicisitudes de la fortuna; la cual, para burlarse de su insensatez, hizo que la misma alhaja volviera á sus manos, pues se encontró en el vientre de un pescado. ¿A qué vienen los desgarramientos y desmembramientos de los coribantes y de los ménades, y en nuestra época los de los mahometanos, que se acuchillan la cara, el vientre y los miembros para congraciarse con su profeta, puesto que la ofensa que le infirieron reconoce por causa

1. ¡Cuantos horrores inspirados por la superstición! LUCRECIO, I, 102.

2. Y la infortunada doncella, cercano el momento de sus desposorios, muere en las manos despiadadas de su propio padre. LUCRECIO, I, 99.

3. ¿Cómo los dioses estaban tan irritados contra el pueblo romano que no podían verse satisfechos sino con el derramamiento de una sangre tan generosa? CICERON, de Nat. deor., III, 6.

la voluntad, y no el pecho, los ojos, los órganos genitales, la apostura, los hombros ni la garganta? *Tantus est perturbate mentis, et sedibus suis pulsæ uror ut sic dii placentur, quemadmodum ne homines quidem sæviunt* ¹. Nuestra natural contextura, no sólo debemos conservarla para nuestro servicio, sino también para el de Dios y el de los demás hombres; es una acción injusta el ofenderla voluntariamente, como igualmente el quitarnos la vida, sea cual fuere la causa. Tengo también por traición y cobardía grandes el mutilar y corromper las funciones de nuestro cuerpo, las cuales son puramente materiales y se hallan sometidas por naturaleza á la dirección del alma, por evitar á ésta el cuidado de sujetarlas á la razón; *ubi iratos deos timent, qui sic propitios habere merentur?*... *In regia libidinis voluptatem castrati sunt quidam; sed nemo sibi, ne vir esset, jubente domino, manus intulit* ². De tal suerte mancharon su religión con perversas prácticas:

Sæpius olim

Religio peperit scelerosa atque impia facta ³.

Ahora bien: ninguna de nuestras cualidades puede parangonarse ni relacionarse en modo alguno con la naturaleza divina; todas la manchan y marcan con otras tantas imperfecciones. La belleza, poder y bondad infinitos, ¿cómo han de poder asemejarse ni tener correspondencia alguna con una cosa tan abyecta como nosotros, sin el extremo perjuicio y decaimiento de la divina grandeza? *Infirmum Dei fortius est hominibus: et stultum Dei sapientius est hominibus* ⁴. Preguntado Stilpón el filósofo si los dioses recibían placer de nuestras honras y sacrificios: «Sois indiscretos, contestó; retirémonos aparte para hablar de este asunto.» Y sin embargo nosotros le prescribimos límites; nuestra razón mide su poderío (llamo razón á nuestras visiones imaginarias; como tales las reconoce la filosofía, la cual declara «que el loco y el perverso están extraviados por razón, que en ellos reviste una forma particular»); queremos subyugar á Dios á las vanas y débiles apariencias de nuestro entendimiento; á él, que nos creó y creó asimismo nuestra facultad de conocer. Porque nada se hace de la nada, Dios no pudo formar el mundo sin servirse de materia. ¿Acaso el Hacedor

1. A tal extremo llega la perturbación de su inteligencia y la exaltación de sus pasiones que para ser gratos á los dioses cometen crueldades que nuestra mente apenas puede concebir. SAN AGUSTIN, de Civit. Dei, VI, 10.

2. ¿Qué idea tienen de la cólera divina los que así pretenden aplacarla?... Hay hombres convertidos en eunuocos por el capricho y por la liviandad de un rey; ¿pero quién accedió á mutilarse á sí mismo por obedecer al mandato de su señor? SAN AGUSTIN, Civit. de Dei, VI, 10, según Séneca.

3. En lo antiguo la religión inspira con frecuencia actos impíos y criminales. LUCRECIO, I, 83.

4. La debilidad de Dios es más fuerte que la fuerza de los hombres; la locura de Dios más cuerda que la prudencia de los hombres. SAN PABLO, Corint., I, 1, 25.

Supremo ha puesto en nuestras manos las llaves de los últimos resortes de su poder? ¿Comprometiéndose por ventura á no sobrepasar los límites de nuestra ciencia? Supón, ¡oh criatura! que hayas podido advertir en la tierra alguna huella de la divinidad; ¿piensas por ello que el Señor haya empleado cuantos medios residen en su poder, ni que haya puesto todo su saber en la composición del universo? Tú contemplas solamente el orden y concierto de esta cueve-cilla donde habitas; la divinidad tiene una jurisdicción infinita más allá; esta parte que aquí ves no es nada en comparación del todo:

Omnia cum cœlo, terraque, marique,
Nil sunt ad summam summam totius omnem ¹.

Lo que á ti se te alcanza es una ley restringida; tú ignoras que es universal. Sujétate á aquello de que dependes, mas no agregues á Dios, que no es tu compañero, ni tu conciudadano, ni tu camarada. Si en algún modo se te mostró, no fué para rebajarse á tu pequeñez, ni para otorgarte el cargo de veedor de su poder: el cuerpo humano no puede volar á las nubes; para ti hizo el Criador todo su bien. El sol recorre sin cesar su carrera. Los límites de la tierra y de los mares no pueden confundirse; el agua no tiene forma ni resistencia; un muro sin demolerse no deja paso á un cuerpo sólido; el hombre no puede conservar su vida en medio de las llamas; no puede estar en el cielo y en la tierra ni en cien lugares á la vez, corporalmente; para ti instituyó Dios estos preceptos, y á tu individuo incumben. El Criador testificó á los cristianos que los libertó cuando le plugo. ¿Por qué siendo como es todopoderoso habia de sujetar sus fuerzas á cierto límite? ¿En favor de quién habia de renunciar á su privilegio? En nada alcanza tu razón mayor verosimilitud ni fundamento mayor que cuando te convence de la pluralidad de los mundos;

Terramque, et solem, lunam, mare, cetera quæ sunt,
Non esse unica, sed numero magis innumerati ²:

los hombres más famosos de los pasados siglos, así lo creyeron y también algunos del nuestro; llevóles á tal convencimiento la humana razón, puesto que en este universo que contemplamos nada existe aislado ni idéntico,

Quum in summa res nulla sit una,
Unica quæ gignatur, et unica solaque crescat ³;

1. Todo cuanto existe, el cielo, la tierra y los mares, no es nada comparado con la inmensidad de la creación. LUCRECIO, VI, 679.

2. La tierra, el sol, la luna, el mar y las demás cosas que existen no son únicas, sino que son en número infinito. LUCRECIO, II, 1085.

3. No hay en la naturaleza un ser que sea único en su género, que exista y se desenvuelva solo y aislado de los demás. LUCRECIO, II, 1077.

todas las especies hanse multiplicado en diverso número, por lo cual parece inverosímil que Dios haya hecho este solo monumento sin compañero, y que la materia de esta forma haya sido agotada en este exclusivo individuo;

Quare etiam atque etiam tales fateare necesse est,
Esse alios alibi congressus materiai,
Qualis hic est, avido complexu quem tenet æther ¹:

señaladamente si es un ser animado como sus movimientos parecen dar á entender y Platón afirma; muchos de entre nosotros lo confirman igualmente, ó al menos no lo niegan, como también lo acredita la antigua opinión de que el cielo, las estrellas y otras partes del planeta son criaturas compuestas de cuerpo y alma, mortales en orden á su composición, pero inmortales por voluntad del Criador. Así que, si existen otros mundos como creyeron Epicuro, Demócrito y casi todos los filósofos, no sabemos si los principios y leyes de la tierra son comunes á los demás. Acaso su organización sea distinta; Epicuro los supone análogos ó desemejantes. En este mundo vemos una variedad infinita en las regiones apartadas; en ese nuevo rincón del universo que nuestros padres descubrieron no se ve trigo, ni vino, ni ninguno de los animales de nuestros climas; todo es diferente. En los pasados siglos, considerad en cuántos lugares desconocieron la existencia de Baco y Ceres. Según Plinio y Herodoto ², hay hombres en ciertos países que se asemejan muy poco á nuestra especie, y existen seres mestizos y ambiguos entre la humana naturaleza y la esencialmente animal; hay localidades en que los hombres nacen sin cabeza, tienen los ojos y la boca en el pecho, ó son andróginos; en otras andan á gatas; en otras no tienen más que un ojo en la frente, y la cabeza más parecida á la de un perro que á la nuestra; en algunas, la mitad inferior del cuerpo es la de un pez, y viven en el agua; lugares hay en que las mujeres paren á los cinco años, y no viven más que ocho; otros en que los hombres tienen la cabeza y la piel de la frente tan duras, que son impenetrables al hierro, que rebota cuando con ellas choca; en ciertos sitios los hombres no tienen barba; hay pueblos que no conocen el fuego; otros en que la esperma es de color negro; ¿qué decir de los países en que los hombres se convierten en lobos ó jumentos, y después otra vez en hombres? Y si es verdad, como Plutarco afirma, que en una localidad de las Indias haya hombres sin boca, que se alimentan con la percepción de ciertos olores, ¡cuán limitadas y falsas ade-

1. Por fuerza hay que reconocer asimismo que en otros puntos del espacio existen cuerpos análogos á estos que pueblan la inmensa extensión del éter. LUCRECIO, II, 1064.

2. Los ejemplos siguientes están sacados del tercero y cuarto libros de Herodoto, y del sexto, séptimo y octavo de Plinio; pero semejantes tradiciones con sideráranlas ambos autores como fabulosas. (J. V. L.)